



# EL SENTIDO RELIGIOSO: EL HECHO MÁS IMPONENTE DE LA HISTORIA DEL HOMBRE

Apuntes de la presentación de *El sentido religioso*  
con Irene Elisei, Javier Prades y Davide Proserpi

Milán, Teatro Dal Verme, 2 de mayo de 2023 y en conexión por video desde el resto de Italia y del mundo



# EL SENTIDO RELIGIOSO: EL HECHO MÁS IMPONENTE DE LA HISTORIA DEL HOMBRE

## **Apuntes de la presentación de *El sentido religioso* con Irene Elisei, Javier Prades y Davide Prospero**

*Milán, Teatro Dal Verme, 2 de mayo de 2023  
y en conexión por video desde el resto de Italia y del mundo*

### **Davide Prospero**

Buenas noches a todos, bienvenidos. Quiero saludar y dar las gracias a todos los presentes aquí en el Teatro Dal Verme de Milán, y a todas las personas conectadas desde Italia y desde otros países. Sé, por amigos que están en diversos lugares donde se han organizado puntos de conexión, que varias personalidades de la Iglesia y de la sociedad civil participan en este encuentro, así como muchas personas que no pertenecen al movimiento de Comunión y Liberación. Os agradezco vuestra presencia y espero que esta sea una nueva ocasión para conocernos mejor. Acabamos de escuchar a don Giussani presentando así el tema del sentido religioso: «No solo se trata de un hecho, un acontecimiento, sino del hecho más imponente e inextirpable de la historia del hombre» (capítulo 1 del podcast *El sentido religioso*; min 5:13). El audio está tomado del podcast producido por Choramedia y disponible online, que recorre todo el contenido del libro *El sentido religioso*, por primera vez con la voz en vivo de don Giussani.

En este fragmento que hemos escuchado, aunque breve, ya se capta muy bien –creo– la intensidad con la que don Giussani presentaba ante todo a los jóvenes, pero también a cualquiera que encontrara, el tema del sentido religioso, esa pasión vibrante con la que invitaba a tomar en serio con toda su razón y con toda su humanidad ese deseo de sentido, esa tensión hacia el infinito que todos los hombres experimentan y llevan dentro. Por otra parte, esta

convicción suya alimentó desde siempre su compromiso incansable con la educación de los jóvenes. Recordemos una famosa cita suya incluida en el libro *Llevar la esperanza*: «Ahogamos a los jóvenes si pretendemos de ellos que tengan entusiasmo por las cosas limitadas» (*Llevar la esperanza*, Encuentro, Madrid 1998, p. 89). Para don Giussani, es limitada cualquier propuesta que no tienda a abrir la mirada, a introducir una experiencia de significado total para la existencia.

Como sabréis muchos de vosotros, don Giussani dio una forma completa a los contenidos de aquellas clases, y las que dio primero en el liceo Berchet de Milán y luego en la Universidad Católica, en la edición de 1986 del libro *El sentido religioso*, el más conocido de toda la obra de Giussani y el más traducido en el mundo.

Acaba de publicarse una nueva edición de este libro en la Bur. Aprovecho la ocasión para agradecer a Rizzoli y al grupo Mondadori –están aquí presentes algunos de sus representantes más destacados– por su colaboración fundamental y proficua, que desde hace muchos años caracteriza nuestras iniciativas editoriales.

Se ha decidido publicar esta nueva edición para que las comunidades de Comunión y Liberación en Italia y en el mundo vuelvan a utilizar este texto en sus momentos de Escuela de comunidad. Al término de este encuentro me tomaré unos minutos para explicar mejor de qué se trata, puesto que es un gesto



abierto a cualquiera que esté interesado en profundizar en estos temas, no solo a los miembros de CL.

Volviendo al libro, su reedición nos ha dado la oportunidad de enriquecerlo con un nuevo prólogo. Se trata de una intervención en 1998 del entonces arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, en un acto de presentación de *El sentido religioso* traducido al español. Quiero dar las gracias una vez más al Santo Padre por darnos su consentimiento para publicar esta reflexión suya.

Es realmente impresionante la actualidad de sus palabras. De hecho, decía: «*El sentido religioso* no es un libro de uso exclusivo para los que se adhieren al movimiento; tampoco es solo para los cristianos o los creyentes. Es un libro para todo hombre que tome en serio su propia humanidad. Yo me atrevo a decir que hoy día la cuestión que más tenemos que encarar no es tanto el problema de Dios, la existencia de Dios, el conocimiento de Dios, sino el problema del hombre, el conocimiento del hombre y encontrar en el mismo hombre las huellas que dejó Dios para encontrarse con él» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 12).

Respondiendo también a este texto del futuro papa Francisco, hemos querido organizar el acto de esta noche: una presentación pública, y por tanto abierta a todos, de un libro que creemos que supone una provocación actualísima y fascinante para el hombre de hoy.

Hemos invitado a profundizar y concretar en esta provocación a don Javier Prades, rector de la

Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid y profesor de Teología Dogmática. Le agradecemos sinceramente su disponibilidad, y también doy las gracias a la periodista Irene Elisei, a la que hemos pedido que modere el diálogo de esta noche.

Gracias, os doy la palabra.

### **Irene Elisei**

Buenas noches a todos, gracias a Davide Proserpi, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación.

«Ese criterio objetivo [...], esa experiencia elemental con que todas las madres dotan del mismo modo a sus hijos [...]. La exigencia de bondad, de justicia, de verdad, de felicidad, constituye el rostro último, la energía profunda con la que los hombres de todos los tiempos y de todas las razas se acercan a todo [...]. Por eso leemos con emoción frases creadas hace miles de años por los poetas antiguos, frases que tienen una capacidad de sugerencia para la actualidad que muchas veces no brota en nuestras relaciones cotidianas. [...] ¿Por qué es esto posible? Porque la experiencia elemental es sustancialmente igual en todos, aunque luego se defina, traduzca y realice de modos muy distintos, incluso aparentemente opuestos» (*ibidem*, pp. 33-34).

He querido partir de estas líneas que don Giussani escribe en las primerísimas páginas de *El sentido religioso*, aunque no sean probablemente las más co-



nocidas o citadas, porque nos permiten a todos partir del mismo punto, porque remiten a algo que podemos haber vivido todos, aunque solo sea una vez durante nuestros años escolares, cuando nos impactó especialmente leer algún verso de un poema, el título de un libro, escuchar una pieza de música clásica o la estrofa de una canción. No en vano, *El sentido religioso* de don Giussani está plagado de citas. Uno de los autores que más cita es Giacomo Leopardi y me ha impactado muchísimo (impresiona cada vez que se lee) una poesía que cita y que se escribió hace casi doscientos años, el *Canto nocturno de un pastor errante de Asia*. Giussani cita estas líneas del pastor que se interroga: «O cuando veo / arder allá en el cielo las estrellas, / pensativo me digo: / ¿Para qué tantas luces? / ¿Qué hace el aire infinito, la profunda / serenidad sin fin? ¿Qué significa esta / inmensa soledad? ¿Y yo qué soy?» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 86, vv. 84-89). Estas son las preguntas existenciales, esta es la clave del sentido religioso. Pero –lo acabamos de oír hace unos instantes de su propia voz– don Giussani habla del sentido religioso como «un hecho», cuando habitualmente lo solemos entender como una cuestión de sensibilidad (cuanto más o menos sensible soy, más o menos me planteo ciertas preguntas).

¿Puedes ayudarnos a entender a qué se refiere don Giussani con «un hecho» cuando habla del sentido religioso?

## Javier Prades

Buenas noches, Irene, en primer lugar buenas noches a todos. Me gustaría empezar agradeciendo a Davide Prospero su invitación al diálogo de hoy sobre este libro excepcional de don Giussani.

Lo acabamos de oír: el sentido religioso es un fenómeno objetivo, es un hecho real, es una realidad, no es una idea ni un sentimiento. Luego añade: «Es el hecho más imponente de la historia del hombre». ¿Por qué? La respuesta completa la encontraremos a medida que leamos el libro. Pero podemos remitirnos ya a otra cita de don Giussani: «Llamamos “sentido religioso” al

“corazón” del hombre: la sed de verdad y de felicidad se dirige al bien último, al significado total, que excede nuestras posibilidades de imaginarlo o definirlo. Y que es, precisamente, la razón de todos nuestros actos: el sentido religioso es el culmen de la razón, porque la razón es la conciencia de la realidad con la totalidad de sus factores» (*El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2008, p. 86). Fijémonos en estas palabras: sed de verdad, sed de felicidad. Podemos reconocerlas ya: indican la orientación hacia un significado total, que excede mi imaginación y mi capacidad de definición. Y es la razón de todos mis actos. Remite por tanto a su famosa definición de razón como «conciencia de la realidad en la totalidad de sus factores». El sentido religioso como sed de verdad, sed de felicidad que no puedo ni imaginar, que no logro definir, pero que mueve y orienta todas mis acciones. Esa es su preocupación. Y añade por ello que el sentido religioso es «la postura exacta como conciencia y tentativa como actitud práctica del hombre frente a su destino» (*Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 211).

¿Por qué habla de un hecho imponente? Porque dentro de esta postura exacta como conciencia y tentativa como actitud está todo el vivir humano, el de cada uno de nosotros personalmente y el de las sociedades, de los pueblos, la humanidad entera. Por eso es una realidad imponente.

**Elisei.** Profundizaremos en ello, pero antes tengo una pregunta muy sencilla pero esencial: ¿por qué es útil volver a poner hoy sobre la mesa el sentido religioso? En Milán se va a la carrera, no sé en Madrid, pero aquí siempre tenemos algo que hacer y siempre parece una cuestión que podemos posponer de alguna manera. Hay que tener buenas razones para proponerle a alguien la lectura de un libro que se centra en las preguntas, cuando todo el mundo alrededor se afana en ofrecer respuestas en el menor tiempo posible.

**Prades.** ¿Cuál es el contexto actual? Lo digo con una fórmula muy acertada que ha popularizado el papa Francisco: estamos en un «cambio de época» (*Discur-*

*Fijémonos en estas palabras: sed de verdad, sed de felicidad. Indican la orientación hacia un significado total, que excede mi imaginación y mi capacidad de definición. Y es la razón de todos mis actos*



so en el encuentro con los representantes del V Congreso nacional de la Iglesia italiana, Florencia, 10 de noviembre de 2015). Podría quedarse en un eslogan que se cita para luego pasar a otra cosa, pero, si lo tomamos en serio nos pone ante un horizonte de cambios muy profundos en nuestras sociedades, que algunos autores consideran incluso como una revolución antropológica. El momento que estamos viviendo, por lo que se vuelve a proponer este libro, es un momento en que el alcance de esos cambios y transformaciones afecta verdaderamente a lo humano, a la identidad humana. Si quisiéramos describir los fenómenos que influyen en este diagnóstico, tendríamos que hacer un gran trabajo cultural. Esta noche solo menciono algunos aspectos.

Pensemos en el ámbito tecnológico. Dicho brevemente se trata de la famosa convergencia NBIC (nanotecnología, biotecnología, tecnología de la información y tecnología cognitiva), que resume todo un mundo que podemos evocar sin grandes dificultades como una de las dimensiones del horizonte en el que nos encontramos.

Pero hay otro polo muy significativo respecto a este cambio de época, que afecta más directamente a lo humano: es la creciente autoafirmación del individuo, aislándose de sus relaciones. Es una autodeterminación entendida cada vez más en clave sentimental. Pensemos en el tema del narcisismo en nuestras sociedades. En este nivel se podría abrir (se puede y se debe abrir) otro horizonte de cuestiones culturales. Por resumir podemos citar al papa Benedicto XVI cuando hablaba de un «desequilibrio entre posibilidades técnicas», enormes y de por sí muy útiles para el bienestar de nuestras sociedades, «y energía moral». Y añadía algo muy interesante: «La seguridad que necesitamos como presupuesto de nuestra libertad y de nuestra dignidad no puede venir, en resumidas cuentas, de sistemas técnicos de control [no serán los sistemas los que nos hagan estar seguros], sino que solo puede brotar de la fuerza moral del hombre; donde esta falte, o no sea suficiente, el poder que tiene el hombre se transformará cada vez más [inevitadamente y cada día más] en un poder de destrucción» (*L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, LEV-Cantagalli, Roma-Siena 2005, p. 32). No está dicho que será así, puede ser.

En todo caso, lo que Benedicto XVI llama «energía moral» –la estatura humana entendida en sentido integral, podríamos decir– conecta muy bien con la preocupación de don Giussani cuando propuso este libro y su camino educativo. Con una fórmula muy

*Don Giussani me empuja por detrás, por delante, por todas partes, como diciéndome: «¡Despierta! Porque si tú no estás presente, nada de lo que dices, haces, propones, deseas, sueñas o sufres será tuyo».*

conocida para algunos de nosotros, denunciaba la pérdida del “sentido del yo”, es decir la pérdida de esa energía moral de la que hablaba Benedicto, una comprensión íntegra y viva de lo humano, que puede usar adecuadamente el poder o que puede quedar aplastada por él. Decía don Gius: «Sobre la palabra “yo” existe [...] una gran confusión, y sin embargo es de primordial interés comprender qué es *mi sujeto* [es decir, quién soy yo]. Porque mi sujeto, de hecho, está en el centro, en la raíz de todos mis actos [...]. Si descuido mi yo, es imposible que sean mías las relaciones con la vida, que la vida misma (el cielo, la mujer, el amigo, la música) sea mía. [...] Existe [lo decía ya entonces, hace unos cuantos años] una fortísima presión del mundo que nos rodea (a través de los medios de comunicación de masas, la escuela o la política) que [...] acaba por impedir [...] cualquier intento de tomar conciencia de nuestro propio yo. [...] Si es nuestra personalidad, nuestro yo, lo que resulta aplastado, literalmente suprimido o tan amedrentado que se queda como alelado, esto lo soportamos tranquilamente todos los días» (*El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 7-9).

Giussani no quiere dejarnos tranquilos en este punto. Yo soy uno de esos que sufren sin pestañear el aplastamiento de su personalidad y don Gius me empuja por detrás, por delante, por todas partes, como diciéndome: «¡Despierta! Porque si tú no estás presente, nada de lo que dices, haces, propones, deseas, sueñas o sufres será tuyo».

Añado una última cosa. De por sí, esto ya sería suficiente para estar agradecidos. Pero el arzobispo Bergoglio, en el prólogo, insiste en otra dimensión muy interesante y decisiva para nosotros: «Para un hombre que haya olvidado o censurado sus preguntas fundamentales y el anhelo de su corazón [cuando alguien está tan apagado, debilitado, medio muer-

to], el hecho de hablarle de Dios resulta un discurso abstracto, esotérico o una devoción sin ninguna incidencia sobre la vida» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 13). Rescatar lo humano es el camino para reabrir humanamente la pregunta sobre Dios. Si no hay pregunta ni respuesta sobre Dios, todos los riesgos que decíamos antes avanzarán muy probablemente hacia esa forma de usar el poder de los hombres en contra de los hombres.

Por tanto, hoy volvemos sobre este «hecho» que es el sentido religioso, entendiéndolo con don Giussani como «una invitación y un estímulo para recuperar la sencillez, nuestra auténtica naturaleza» (*L'io rinasce in un incontro. 1986-1987*, Bur, Milán 2010, p. 162), la fascinación de ser hombres. ¡Necesitamos a alguien que nos devuelva la fascinación de ser hombres!

**Elisei.** Acabas de mencionar la invitación a ser hombres. *El sentido religioso*, que es sin duda el texto más traducido y conocido de don Giussani, es la primera parte de un recorrido que Giussani empezó a hacer con los chavales que encontró en clase, en el liceo Berchet, a mediados de los años 50, chavales en los que se encontraba con una fe muy ligada a la tradición pero sin una base sólida (él decía sin «razones adecuadas»). Con ellos empieza entonces un camino educativo, empezando con *El sentido religioso*, que luego se enriquecerá con otros libros y que es el punto central de la novedad de Giussani. Ante estos chavales que tenían una fe ligada a la tradición pero sin razones adecuadas, para ayudarles a entender por qué valía la pena creer, partió de la razonabilidad de las grandes preguntas. Como una inversión, ¿no? Antes de analizar el problema en concreto, quiero partir de esto, que me parece revolucionario de por sí. Para los que no hayan visto nunca a Giussani (¡yo no lo conocí!), en el libro se replantea continuamente una pregunta que es como si me la hiciera a mí: un hombre, sobre todo un hombre moderno, ¿puede hacerse razonablemente estas preguntas?

Te pregunto si este uso de la razón y del sentido religioso supone la gran novedad de Giussani al afrontar este tema.

**Prades.** En la introducción de las sucesivas ediciones de *El sentido religioso*, explica el objetivo que persigue, lo que se propone hacer. Dice así: «El hombre afronta la realidad [la realidad de todos, los hombres de entonces y los de hoy, la de todos nosotros, para entender, entender la vida, entenderse

uno mismo y a los demás, al ser humano, todo] con la razón». Esta ya es una opción muy fuerte porque circulan otras muchas alternativas sobre la relación con la realidad que no parten precisamente de la razón, de un sentido integral de la razón, sino del sentimiento o de una pura irracionalidad, por lo que no hay razones, sino solo el vaivén del instinto o de las emociones, y sabe Dios qué otras cosas. En cambio, Giussani dice: «La razón [...] es lo que nos define como hombres. Por eso debemos tener la pasión de la razonabilidad: esta pasión es el hilo conductor de nuestro argumento. Esta es la razón de que el primer volumen del *PerCorso, El sentido religioso*, comience con una triple premisa de método, que ayude a penetrar en el modo como la conciencia de un hombre, por naturaleza, razona» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 17-18).

Aquí es muy bonito y muy interesante captar, por una parte, la originalidad de don Giussani, los rasgos originales, originalísimos –me parece– de su propuesta educativa para hacernos entrar en la totalidad de la realidad. Y reconocer por otra parte, si se mira bien, que así estamos siguiendo la mejor tradición católica. Porque desde Agustín hasta Tomás pasando por Newman no hay ningún “grande” en la historia de la fe y de la Iglesia que, al intentar transmitir la fe, no se haya planteado la cuestión de la razón y no haya luchado a favor de la razón. Por ello podemos decir que nos encontramos ante una figura que prolonga esa sensibilidad para nuestro tiempo, esa manera de mirar la realidad como un factor educativo. Así, al despertar la razón (las preguntas, como decías), el camino que propone Giussani también puede hacerse cargo de una objeción que vislumbraba ya hace muchos años Joseph Ratzinger en la Alemania de entonces (primeros años setenta). En un famoso libro suyo se preguntaba el porqué del fracaso

*Ese descuido del drama humano, de las preguntas, de la pasión por la razonabilidad del vivir, es uno de los factores de la situación en que nos encontramos*



en la transmisión de la fe. ¿Por qué ya no es capaz de echar raíces? Respondía: «La crisis de la predicación cristiana que experimentamos de manera creciente en el último siglo depende en gran parte del hecho de que las respuestas cristianas hayan descuidado los interrogantes del hombre; eran correctas y lo seguían siendo, pero no tenían incidencia porque no partían del problema ni se desarrollaban en su seno» (*Dogma e predicazione*, Queriniana, Brescia 2005, p. 75). No faltaba claridad en nuestras respuestas cristianas (hablaba de la Alemania de los años setenta, de la que algo sabía) pero no se percibían en relación con las preguntas humanas.

Con su propuesta, Giussani incidía precisamente en esa dificultad que le llevaba a pensar como en dos mundos paralelos, porque las respuestas podían seguir siendo correctas (eran correctas, podían serlo) pero no se encontraban con el interlocutor porque pasaban por encima o al lado de la vida. Ese descuido del drama humano, de las preguntas, de la pasión por la razonabilidad del vivir, es en mi opinión uno de los factores de la situación en que nos encontramos, para la que tantas veces no sabemos encontrar explicación. El libro empieza con tres premisas de método: la primera se refiere al «realismo», la segunda a la «razonabilidad» y la tercera a la «influencia de la moralidad en la dinámica del conocimiento». Comenzamos nuestra indagación con estas tres premisas. ¿Pero qué tipo de indagación queremos realizar? Sigamos sus pasos. Realismo: el objeto dicta el método. ¿Cuál es el objeto? El objeto es la persona. No la definición de persona, sino la persona que soy yo, que eres tú, que es cada uno de nosotros. Entonces, ¿cuál es la modalidad de una indagación realista si se trata de conocer lo que es una persona? ¿Quién soy yo? (Leopardi *dixit*: «¿Y yo qué soy?»). En mi opinión, en la Italia de los años cincuenta Giussani se encontraba ya, *avant la*

*lettre*, con la respuesta a la pregunta de Ratzinger de los años setenta. Puede ser una comparación histórica un tanto atrevida por mi parte, pero creo que puede ser útil. Hay una forma de proponer contenidos verdaderos, respuestas correctas que vienen del Misterio revelado, que llevan dentro, consigo, la interlocución viva con uno mismo y con el otro. Eso permite entender el contenido de lo que se propone como algo pertinente, adecuado y por tanto conveniente, para mí y para todos. Ratzinger planteaba la pregunta sobre esta situación y respondía que lo que faltaba era el *Mit-fragen*, es decir, el preguntarse juntos: «Por tanto, es un componente esencial de la propia predicación el tomar parte en la indagación humana porque solo así la palabra (*Wort*) puede hacerse respuesta (*Ant-wort*)» (*ibídem*).

Recuperamos así nuestras preguntas como expresión de la apertura de la razón hacia algo que no se puede imaginar ni definir. Creo que esta es una de las características más originales y potentes de la propuesta de Giussani.

**Elisei.** Me parece que esto también tiene valor desde el punto de vista del diálogo. Es un método que te permite hablar verdaderamente con todos, puesto que no se propone solamente, como decías, un criterio correcto, una razón adecuada, que por sí sola no basta para encontrarte con el otro.

**Prades.** ¡Sobre todo corres el riesgo de no encontrarte a ti mismo! Y eso es mucho peor. Puedes pensar: «Si yo he dicho la verdad, ¿cómo es que este no me sigue?». Puede haber muchas razones, por amor de Dios, pero el hecho de no incluir la dimensión de implicación en el drama humano oscurece y quita al anuncio la fuerza que es característica de la propuesta de don Gius. En mi humilde experiencia, he visto que ponerte en juego con esta hipótesis te abre




muchas puertas. Claro que una puerta abierta no es más que una puerta abierta, eso no significa que hayas llegado, pero si la puerta está abierta, podremos entrar. Mientras tanto, uno empieza a caminar. A veces te cierran la puerta en las narices. Es algo que siempre te puede pasar, siempre. Y entonces vuelves a empezar. Pero cuanto más vuelves a empezar, más eres tú mismo, apasionado por hacer el camino junto a otro, porque el otro tiene algo de ti.

**Elisei.** Decías que vale la pena proponer un libro así. Pararse a leerlo en este momento, dedicar horas de trabajo a un libro como este, te permite en primer lugar recuperarte a ti mismo. También lo decías en tu respuesta a esta última pregunta. Es una cuestión de conciencia (creo entender que también es una cuestión de conciencia, ¿no?). Llega un momento en que dejas de sentir que la vida te resbala y empiezas a captar su profundidad. Llegamos aquí al concepto de experiencia. Sobre esto quiero poner un ejemplo muy rápido. Durante las vacaciones de Pascua, estaba en casa de mis padres y sonaba música clásica. Escuchando la música y leyendo algunas cosas, me di cuenta de que mis hijas se estaban riendo. Antes también reían, pero en un momento dado eso me movió, me hizo conmoverme. Te pregunto qué tiene esto que ver con la experiencia de la que habla Giussani, porque es uno de los conceptos que más desarrolla y –de nuevo– también aquí de una manera muy distinta a como normalmente solemos oír hablar de la experiencia. ¿Qué tiene esto que ver con el hecho de percibir la profundidad del momento que estás viviendo y del que eres partícipe?

**Prades.** Me parece que la categoría de la «experiencia» es decisiva para una explicación completa de la postura humana y cristiana de don Giussani. En el libro él indica lo que entiende con la palabra «experiencia», por muchas razones (también teológicas). Él sabía muy bien hasta qué punto esta categoría había estado bajo sospecha durante los primeros 30-40 años del siglo XX por parte de la autoridad de la Iglesia. En este punto no se bromeaba, sobre todo porque estaba en juego la piel de los jóvenes y de todos los hombres. Por eso quiso precisar enseguida lo que entiende por la expresión «hacer experiencia». Intento decirlo así: hoy *hacer experiencia* significa probar cosas, pero sin un criterio de juicio no hay experiencia, el «probar algo» no puede llamarse «experiencia» en un sentido plenamente humano, sin parangonarse

*Uno se da cuenta de que crece no solo en un ámbito particular de la actividad humana, en uno o en muchos, sino respecto a la cuestión central de su vida, es decir, el sentido de su existencia. Que yo me dé cuenta de que crezco con el paso de los años en el sentido de mi vida es el ciento por uno*



con los criterios de juicio –dice Giussani– que permiten iluminar los factores en juego hasta captar la plenitud de las propias exigencias y la verificación de las evidencias que constituyen el corazón de la experiencia misma. La experiencia –entendida en un sentido integral, con estos criterios que nos capacitan para juzgar– permite afrontar todas las cuestiones de la vida dándose cuenta de que uno crece. ¡Creo que esto es el ciento por uno! Uno se da cuenta de que crece no solo en un ámbito particular de la actividad humana, en uno o en muchos, sino respecto a la cuestión central de su vida, es decir, el sentido de su existencia. Que yo me dé cuenta de que crezco con el paso de los años en descubrir el sentido de mi vida es el ciento por uno, y luego vendrá la vida eterna.

La inteligencia de la realidad, la pasión por la razonabilidad, no es un ejercicio “teórico”, no puede serlo. La “teoría” es muy importante para muchos de nosotros, decisiva en nuestro trabajo, pero esa inteligencia nadie puede alcanzarla como resultado de una teoría, por mucho que nos dediquemos a la especulación. Esta inteligencia de la realidad se obtiene a partir de un trabajo de comparación con la realidad. Pongo un ejemplo, perdonadme si es un poco banal. Yo puedo escribir en la pizarra: «Las madres quieren a sus hijos. Los hijos son queridos por sus madres». Pero al niño que está ahí sentado esa frase no lo abraza, no lo consuela; es verdad, inexorablemente cierta, pero el niño captará el contenido, la inteligencia de la realidad que esa frase expresa cuando –abrazado por su madre– se sienta verdaderamente capaz, aun sin palabras, de confirmar (¡si pudiera hablar, gritaría!): «¡Mi madre me quiere!». Disculpád un ejemplo tan sencillo, pero



también es útil por lo que acabo de decir sobre los criterios que constituyen el corazón humano. Giussani dice que todos estamos dotados con estos criterios con los que podemos compararlo todo; nos son dados por naturaleza, vienen dados en nuestra condición, puestos por la condición humana o (usando una expresión muy suya) son criterios inmanentes a la estructura originaria de la persona.

Quiero detenerme un momento en esta primera dimensión de los criterios (sin los cuales no se hace experiencia, no se crece) en cuanto a la vida, al sentido de la vida. Son objetivos, iguales para todos, están dentro de nosotros pero nos son dados. Son inmanentes a nuestra estructura humana pero no están a nuestra disposición, en un sentido profundo, no los podemos manipular. Ahora bien, no hay que dar crédito a Giussani porque lo diga él, mucho menos a mí porque lo diga yo, ¡esto hay que verlo! Hay que verlo como lo ve el niño que puede confirmar la verdad sobre su madre. Intento explicar cómo lo veo yo.

Hace un par de años, leyendo a un poeta español contemporáneo, Karmelo C. Iribarren, me impresionó una poesía de dos líneas (¡dos líneas!) titulada *Madrid, metro, noche*: «Gente exhausta con la vista clavada en el suelo, / preguntándose por la vida, la de verdad... / porque no puede ser que sea solo eso...». La vista clavada en el suelo, preguntándose por la vida, la de verdad, porque no puede ser que sea solo eso. Gente normal, que trabaja como loca, que vuelve a casa agotada en el metro, apagada, mirando al suelo y pensando: «¿Pero qué es la vida?». El poeta tiene razón cuando capta y lee así el deseo de esa gente. Lo más imponente, lo que más me llama la atención es: ¿cómo puede saber esa gente que la vida no puede ser solo eso? ¿Quién se lo ha dicho? ¿No se lo ha dicho nadie! ¿O sí? No es que hayan tenido una vida anterior en la abundancia y lo hayan perdido todo, y por eso ahora vuelven a casa de noche en metro y dicen: «Vaya, si siguiera teniendo mi coche con chófer, echo de menos esa vida...», ¡no! Pueden no haber vivido nunca así, no conocer otra vida. Pero saben que la vida no puede ser solo eso. Entonces, ¿de dónde viene esa certeza? ¿Qué es lo que grita en mí? ¿Qué voz grita en mí esa exigencia de verdadera vida? Podemos decirlo en positivo: «La vida no puede ser solo eso. Ahí estás, exhausto, agotado, en el metro. Dime entonces qué es la vida de verdad». Si intentáis responder, como uno de esos que van en el metro, cualquiera de

nosotros (¡yo también voy en metro!), y empezáis a preguntaros: «Entonces, ¿qué es la vida?», la vida-vida, como diría Agustín. ¿Qué es la vida-vida? Empezad a enumerar los ingredientes e intentad mostrar dónde lo veis, dónde podríais decir: «¡La vida es esto!». Interesantísimo. Cuando uno ve esto se pregunta: «¿Pero habrá alguien en el mundo que se conciba como un esclavo, que trabaje como un esclavo sin percibir esta distancia con una vida que no puede ser solo la del esclavo?». Son cosas que tenemos que sorprender. Esta es, digamos, una observación completa en lo referente al sentido de la vida que emerge en muchas ocasiones, hasta en las más sencillas.

Os cuento otro episodio muy banal. Yo soy profesor, doy clase de teología desde hace mucho tiempo y hace unos años tuve un alumno que se sentaba en la última fila, lo más atrás posible, visiblemente desinteresado en lo que yo decía (al menos eso me parecía). Cuando un profesor ve alguien así, sinceramente empieza a pensar no demasiado bien del tipo en cuestión. Un día, en torno a la primavera más o menos, estaba en mi despacho para la tutoría. Lllaman, y es este alumno: «Mire, normalmente nunca hablo con los profesores y usted me resulta especialmente antipático». «Vaya». «Y eso de Comunión y Liberación a mí no me gusta». «Entonces te has equivocado de puerta, ¿qué quieres que te diga? ¿Por qué estás aquí?». «Desde antes de Navidad lo estoy pasando mal y estoy pensando en dejarlo todo. He pedido ayuda, me han dado consejos, algunos sabios y buenos, pero yo no me desbloqueo y veo que nada me ayuda. Sin embargo, me he dado cuenta de que escucharle a usted en clase me está ayudando». ¡Caramba! En ese momento me vino decirle: «Da gracias a Dios por lo que te ha pasado, porque te has dado cuenta de algo que es tan verdadero que te ha movido y ha atravesado todos tus prejuicios. Has sido atraído por la luminosidad y –como decía don Gius– por la fuerza persuasiva de la verdad, que no te une a mí, querido amigo (yo he sido intermediario), sino que te une a la experiencia de la verdad que has tenido ahora, de la que yo he sido intermediario. Si te resulto antipático, te las tendrás que apañar, pero en toda tu vida ya no lograrás quitarte de encima el hecho de haber captado la diferencia entre las cosas que se van desvaneciendo y el emerger de una verdad pertinente, persuasiva, transparente, de la que surge tu responsabilidad. ¡Así que tú verás! Yo estoy aquí, cuando



quieras». Se marchó. Volvió una vez, volvió muchas veces, nos hicimos muy amigos y ahora creo que es muy inteligente, obviamente, sigue la preciosa compañía del movimiento. Yo no sé si le ayudé, pero aquel episodio me ayudó mucho a mí porque se me mostró que la verdad es poderosa. En una sociedad como la nuestra, que niega hasta la pregunta sobre la verdad, yo puedo insistir en decir lo que quiera, pero cuando la verdad emerge reconocida y juzgada, ¡el sujeto renace totalmente! Este alumno es ahora un gran cura.

**Elisei.** Hemos visto el método con el que Giussani enfoca el sentido religioso, el punto de partida que indica para mirar nuestro sentido religioso. Pero dices que hay muchas capas de prejuicios que uno puede tener sobre sí mismo. ¿De dónde partir entonces?

**Prades.** Antes de responderte, me interesa mucho decir algo. La otra cara de la moneda de estos criterios –que, como criterios, son objetivos, inmanentes y dados– es que en su aplicación nos podemos equivocar, y de hecho nos equivocamos. Recuerdo que Giussani siempre ponía el ejemplo del jefe que se enamora de su secretaria. Está casado, tiene tres hijos y dice que se va de casa, ¿en nombre de qué? ¿En nombre de qué traiciona? ¡Nadie traiciona en nombre de la traición misma! Nadie. Se traiciona en nombre de una idea de felicidad, de una idea de amor; sí, de felicidad o de amor. Pero la aplicación puede estar equivocada, muy equivocada. En negativo, lamentablemente todos tenemos ejemplos muy cerca. Pero pensemos por ejemplo en otra exigencia, la de justicia. No creo que haya en el corazón humano una exigencia más fuerte que esta. ¡Basta con que te sientas tratado injustamente para que estalle

el fin del mundo! Pero ahora ponte del otro lado, pongámonos del otro lado: tú quieres hacer justicia, por ejemplo en casa, con tus hijos, no digo que no quieras ser justo. Todos sabemos muy bien cuándo no queremos hacer justicia, pero pensemos en el caso de querer hacerla. Dices: «Tengo dos hijos, tres, tengo empleados y quiero hacer justicia. ¿No podré hacer justicia con mis manos? ¿Qué significa hacer justicia?». Es una evidencia: sin justicia no puedo vivir, porque no soporto vivir en la injusticia (y las heridas que nos provocan las injusticias son tremendas). Tú dices: «Vale, entendido. Entonces, como la justicia es una exigencia del corazón, ¿cada una de mis iniciativas es justa?». ¡Depende! Siempre existirá la posibilidad de descubrir que lo que yo consideraba justicia puede compararse con un criterio de justicia más “justa”, que me haga cambiar y llegar a decir: «Pensaba que era todo lo justo que podía, pero mi corazón, con su exigencia de justicia, me seguirá corrigiendo, siempre podré redescubrir que ese criterio inmanente, dado, no decidido por mí, puede corregir mi forma de aplicarlo».

Llego al punto que me preguntabas: ¿por dónde empezar? Se empieza... veamos por dónde empieza don Giussani.

**Elisei.** Un poco de suspense...

**Prades.** En una indagación existencial como la que perseguimos, la propuesta es partir de uno mismo. Él lo dice claramente y es un criterio muy fuerte. Cuántas apuestas, cuántas decisiones toma Giussani, con mucha fuerza, a lo largo del libro. Por tanto, debemos comprender bien en qué sentido nos invita a «partir de uno mismo [y] moverse a partir de la propia persona» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 70).

En un contexto como el actual, donde el narcisismo y el individualismo son tal vez más fuertes que hace cincuenta años, dice: «Partir de uno mismo es algo real cuando se mira a la propia persona *en acción*, es decir, cuando se la observa en la experiencia cotidiana» (*ibidem*). Giussani sugiere así un criterio de método muy interesante. ¿Cómo puedo darme cuenta? ¿Por dónde empezar? Hay que identificar la estructura de la reacción que cada uno de nosotros tiene delante de la realidad. No se trata de introspección, ni de aislamiento, sino de verme en acción, de acusar el golpe. Por eso la realidad es sana, porque sin ella ¡estaríamos mal de la cabeza! La realidad es un principio de salud mental. Tú te ves en acción, te ves en relación con la realidad, en acción, en tus afectos, en tu trabajo, en el querer, en tu compromiso cultural, público, político. El compromiso con todos los aspectos de la vida te da siempre un *feedback* que –mirado según los criterios que decíamos antes– es una fuente inagotable de tensión hacia la comprensión integral de la vida. No necesitamos otra cosa. No nos falta la vida y si no nos falta la realidad que nos provoca todos los días, se despierta el dinamismo que permite crecer siguiendo estos criterios vividos adecuadamente.

**Elisei.** La siguiente pregunta va unida a esto. A veces nos encontramos, o lo vemos en alguien que nos encontramos, con un corazón que parece un poco adormecido. ¿Cómo se despierta un corazón adormecido? Bergoglio dice en el prólogo: «No podemos ir con un discurso sobre Dios cuando no hemos soplado las cenizas que están tapando el recordo de esas preguntas» (*ibidem*, p. 13). Pienso en un colega insatisfecho con su vida sentimental, laboral y en todos los aspectos; sin embargo, es como si uno casi se conformara, decidiera conformarse.

**Prades.** Desde el punto de vista de la educación de cada uno de nosotros –para chicos de 12 años, de 14, para vuestros hijos, pero también para mí con 62 años–, la pregunta es muy importante. Me hace muchísima falta. Para nuestro camino educativo, para la comunicación de nuestra experiencia, para compartir nuestra experiencia, es una cuestión radical. ¿Cómo se despiertan estas preguntas? ¿Cómo se despierta un corazón adormecido? Voy directo a esa página tan famosa donde Giussani responde precisamente a esta preocupación tuya: ¿cuál es la estructura de la reacción que suscita la realidad, la

primera, la más original? Se sirve de un ejemplo muy original, muy bello. «Suponed que nacéis, que salís del seno de vuestra madre, con la edad que tenéis en este momento, con el desarrollo y con la conciencia que tenéis ahora. ¿Cuál sería el primer sentimiento que tendríais, el primero en absoluto, es decir, el primer factor de vuestra reacción ante la realidad? Si yo abriera de par en par los ojos por primera vez en este instante, al salir del seno de mi madre, me vería dominado por el asombro y el estupor que provocarían en mí las cosas debido a su simple “presencia”» (*ibidem*, pp. 167-168). Si pudiéramos nacer con la conciencia de un adulto, la estructura de nuestra reacción delante de la realidad sería el asombro. Las “cosas”, la “cosa”, la realidad.

No es un ejemplo artificioso, me parece muy agudo, muy profundo. Porque sin duda todos nos podemos reconocer, como personas normales, en esta primera descripción de la estructura de una reacción conmovida, de un asombro ante las cosas habituales. Pienso en un libro que se publicó hace años con testimonios de astronautas americanos y cosmonautas rusos que habían regresado a la Tierra. Releyendo algunos, lo que ves enseguida es una sorpresa llena de alegría. Por ejemplo, uno decía: «Al salir de la nave espacial me invadió una extraña sensación de felicidad. La Tierra tenía un olor inefablemente dulce y profundo. Qué placer sentir el viento después de largos días en el espacio». Otro afirmaba: «Al salir de la nave estaba feliz por ver el terreno cubierto ya por la primera y sutil capa de nieve otoñal. Quería tirarme sobre la tierra, abrazarla y apretar las mejillas contra ella» (K. Kelley, *The Home Planet*, Addison-Wesley, Reading-Ma, 1988). ¿Cuántos rusos habrán visto en su vida un dedo de nieve cubriendo la tierra en otoño? ¡Todos (salvo alguno en el mar Negro)! No hay nada

*¿Por dónde empezar? Hay que identificar la estructura de la reacción que cada uno de nosotros tiene delante de la realidad. No se trata de introspección, ni de aislamiento, sino de verme en acción, de acusar el golpe*

más banal y obvio que la nieve en Rusia, ¡pero basta con recuperar la mirada original para que te entren ganas de tirarte por tierra lleno de felicidad!

Don Giussani, sin embargo, no pone ese ejemplo solo para estimular nuestros sentimientos, como si dijéramos: «La tierra me hace estar de buen humor», sino que lee esta experiencia, que podría multiplicarse con otros muchos ejemplos, como un indicio nada menos que de la profundidad que tiene la realidad. Es decir, el asombro no es solo un sentimiento, es el camino que lleva a un “más allá” que es de la misma naturaleza que ese asombro. Eso que no puedo definir ni imaginar me parece tan correspondiente que me llena de asombro y conmoción, ¿será falso? ¿Será pura apariencia? Don Giussani parte del asombro como puerta, como ventana, como punto de fuga para indicar lo único que puede tranquilizarnos: la realidad es buena. No solo “aparece”, sino que se me dona tal como aparece, como buena. He ahí la certeza, he ahí la consistencia.

Tu colega, como yo y como todos nosotros, podemos irnos apagando hasta que tengamos, por gracia, la ocasión de un encuentro que despierte el asombro, que despierte el dinamismo humano y vuelva a ponernos en acción. Esto es decisivo por lo que decías al principio. Giussani subraya la profundidad de la experiencia descrita en este ejemplo. Tú vas, vas, vas más allá, te adentras en esta experiencia y al final te das cuenta nada menos que en el origen de ti mismo hay algo misterioso a lo que no puedes llamar de otra manera que no sea «Tú». No puedes evitar decir «Tú» a este origen misterioso en lo más profundo de tu ser (cf. *El sentido religioso*, op. cit., p. 175). Así el camino hacia Dios será comprendido con realismo y existencialmente vinculante para cualquiera que

*Tú vas, vas, vas más allá,  
te adentras en esta  
experiencia y al final te das  
cuenta nada menos que en el  
origen de ti mismo hay algo  
misterioso a lo que no  
puedes llamar de otra  
manera que no sea «Tú»*

perciba el anuncio cristiano. Don Giussani comentaba así las *Sevillanas del Adiós*: «Algo se muere en el alma, / cuando un amigo se va... [...] El barco se hace pequeño / cuando se aleja en el mar...». Dice Giussani que esta es la experiencia humana más noble. Ese punto de fuga se pierde en el horizonte. «Las Sevillanas, decía, son un símbolo, por lo siguiente: el barco, la nave que se aleja, se va haciendo cada vez más pequeño; a medida que entra en el mar se vuelve más pequeño hasta que desaparece». Y añade: «Pero mientras que para el hombre corriente esa línea del horizonte es el punto donde todo se hunde hasta desaparecer –el barco de la canción ha desaparecido, era un punto, solo un punto, y después desapareció–, para el cristiano esa línea del horizonte es como el enigma, el misterio del que debe surgir algo ante él, del que tiene que llegar algo hasta él: es una tierra desconocida desde la que va a llegar hasta él alguien que trae una riqueza inimaginable. [...] Y, efectivamente, en un momento determinado aparece un punto en el horizonte, sobre la línea del horizonte: es el barco. Este barco, que al principio es un punto, se vuelve cada vez más grande. A los ojos del hombre atento, que fija en él su mirada, se va haciendo cada vez más grande, más grande, hasta que se perfila también lo que hay a bordo de él y se ve a un hombre, el barquero, sentado dentro. El barco se acerca a la orilla, atraca, y el hombre que estaba esperando abraza al otro que llega» (*Los jóvenes y el ideal*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 95-98). ¿Pero quién podrá comprender esta frase sin temblar: «el Misterio se ha hecho hombre», si decir «Misterio» no suscita la experiencia de un misterioso bien ignoto que atraviesa todas las capas de la vida cuyo nombre no se conoce? No sabes decir su nombre ni dice tu nombre, pero ese hombre que baja a tierra y te abraza (el Misterio hecho hombre), Él tiene un nombre y Él sabe mi nombre.

Por tanto, si no recorremos el camino integralmente, hasta las palabras más sacrosantas de la fe se pueden desvanecer sin mover ni un milímetro a la persona. Cuando, en cambio, son verdaderamente la puerta de la salvación para quien se pregunta: «¿Qué hago aquí si no entiendo nada de mi vida?». Puedo estar apagado, pero me despierto porque alguien pasa a mi lado con esta capacidad de abrazarme.

**Elisei.** Algo puede sorprender, y esto nos puede despertar. Ya que estamos hablando del asombro, la siguiente pregunta, rapidísima, te la hago partien-





*Aquí no hay espectadores, hoy no los hay. ¿Habéis venido por casualidad? No sé por qué habréis venido, pero aquí estáis. Y no sois espectadores. Por tanto, dejemos abierta la pregunta: «¿Qué quiere decir vivir intensamente lo real?». ¿De quién puedo decir, con nombre y apellidos, que corresponde a esas palabras del texto, es decir, que vive intensamente lo real?»*

do de lo que me preguntaba otro colega (¡tengo los que quieras para seguir haciendo preguntas!). Estos días, preparando el encuentro de esta noche, llevaba el libro dentro del bolso. Evidentemente, sobresalía un poco y un colega curioso lo sacó. Después de ver el título miró la contraportada y leyó: «Vivir intensamente lo real». Se acerca y me dice: «Pero uno que vive intensamente lo real, ¿cómo lo hace?». Yo le dije: «Ven a escuchar a Prades que él te responde». Dice Giussani: «¿Cuál es la fórmula para recorrer el itinerario que conduce hacia el significado último de la realidad? Vivir intensamente lo real». ¿Qué significa?

**Prades.** ¡Qué bonito! Pues bien, dejo esta pregunta abierta a todos. ¡De verdad! Aquí no hay unos actores en el escenario y en la platea espectadores, ¡lo siento! Aquí no hay espectadores, hoy no los hay. ¿Habéis venido por casualidad? No sé por qué habréis venido, pero aquí estáis. Y no sois espectadores. Por tanto, dejemos abierta la pregunta: «¿Qué quiere decir vivir intensamente lo real?». ¿De quién puedo decir, con nombre y apellidos, que corresponde a esas palabras del texto, es decir, que vive intensamente lo real? Recordemos lo que dice Charles Taylor: «Esta es la época de la autenticidad» (C. Taylor, *The Ethics of Authenticity*, Harvard University Press, 2003). De hecho, escuchando no pocas canciones, por ejemplo *I Want it All*, parece que vivir es intensísimo, algo muy auténtico. ¿O no? *And I Want It now* (Queen, «I Want it All», de *The Miracle*, 1989 Emi). ¿Esa es la manera de vivir intensamente lo real? ¿Es acaso como decir «venga, vamos a ello»? Es mucho más bonito encontrarse con alguien cuya vida despierta en mí la experiencia de una correspondencia, la intensidad de la realidad como itinerario hacia el significado último. Porque esta es la segunda parte de la frase, que no tiene desperdicio. «Vivir intensamente» se puede entender de muchas maneras. Don Giussani dice que es para alcanzar el «significado último». Tengo curiosidad por ver, en

las próximas semanas, sugerencias sobre personas, lugares, gestos donde se vive lo real intensamente, de tal manera que sea un camino hacia el destino.

**Elisei.** Me gustaría entender qué interés puede tener reflexionar sobre la religiosidad, sobre el sentido religioso, para alguien que cree tal vez que ha encontrado una respuesta a esas preguntas, alguien que ya está haciendo un camino de fe. En definitiva, ¿por qué no es un paso atrás o una repetición?

**Prades.** No solo es para «alguien que crea haber encontrado una respuesta», sino también para «quien la ha encontrado» –porque la respuesta cristiana es muy verdadera–. Giussani una vez hizo este comentario: «*El sentido religioso* lo hemos escrito nosotros» –nosotros... ¡él!–, «nosotros los cristianos, nosotros los católicos», es decir, nosotros que hemos encontrado a Jesucristo, que a partir del encuentro que hemos tenido hemos podido recuperar lo humano según el espesor, la riqueza, la precisión, la totalidad que se describe en *El sentido religioso*. Lo decía Giussani, pero aquí recuerdo una expresión que Julián Carrón usó muchas veces: «El sentido religioso, verificación de la fe» (*Huellas*, n. 2/2011, pp. I-XII). Hacer el recorrido del sentido religioso como verificación de la fe cristiana, eso es lo que queremos hacer nosotros ahora. De otro modo, ¿qué haríamos, qué haría yo para comunicar la intensidad, el gusto, la pasión por la fe, si cuando digo: «Encarnación del Verbo hecho hombre» faltase todo lo que he dicho antes? Sin embargo, ¡qué distinto es poder decirle a alguien: «Ven conmigo, estamos juntos, voy contigo», cuando mi fe está alimentada, mantenida y movida por esa inteligencia de lo humano que brota de la fe! Creo que una propuesta como esta permite (no de forma mecánica, no hay nada mecánico) huir del formalismo, del formalismo con que los cristianos podemos vivir la fe, y llegar a captar el vínculo profundo, existencial, que hay entre cada una de las propuestas que nos hace el cristianismo, que nos hace el Señor que he-

mos encontrado, y esa humanidad que Lo busca. Por otro lado, si el sentido religioso no logra encontrar aquello por lo que se mueve, suele decaer (en parte es la historia de siempre) en algo particular que ocupa el puesto de la totalidad, porque sin significado no se vive. Si no logro encontrar el significado hecho carne, cercano, lo acabaré traduciendo según mi propia imagen o definición. El único que no nos deja cerrar el círculo del sentido religioso es Cristo. «*Remoto Christo*», como decía la vieja teología; sin Cristo la tentación de encerrar el problema religioso en una imagen o en una definición es demasiado fuerte.

**Elisei.** Para terminar, recordemos que esto ha sido la presentación de un libro, pero también la propuesta de un trabajo sobre *El sentido religioso*, como posibilidad de profundización para todos.

**Prades.** Una gran propuesta. Lo comentaba Davide y lo recordabas tú también, yo lo digo rapidísimamente. En el prólogo, el arzobispo Bergoglio dice que este «es un libro para todos». ¡Es un libro para todos!

¡De por sí, es una obra maestra, pero eso no basta en mi opinión porque no nació así! Justamente por cómo nació, lo más fascinante de este libro es que representa la dimensión de un camino educativo integral, para profundizar en una experiencia integral, cristiana y humana, que todos hemos encontrado y gracias a la cual nos ha llegado también este libro. Es decir, no se trata de un “bricolaje”, no es un manual de autoayuda (o como se llamen), ¡no es eso! Es la expresión de una propuesta educativa que forma parte de un itinerario, de un camino que no puede suscitar interés si no te alcanza mediante una realidad concreta que despierta en ti el asombro y te pone en movimiento. Por eso y de esta manera, el libro adquiere todo su peso.

El papa Francisco nos decía en octubre que «la Iglesia, y yo mismo, espera más, mucho más» («Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera», supl. a *Huellas*, n. 10/2022, p. 10). Yo creo humildemente que una de las co-

sas más bonitas sin duda del camino educativo que compartimos y al que podemos invitar a todos es precisamente esta experiencia integral, esta pertenencia a un lugar vivo que mira lo humano de esta manera. Esta vida, esta realidad, permite estar de forma adecuada delante de todos los desafíos de los que hemos hablado, enormes o cotidianos, lo que Francisco llama «cambio de época». En ese sentido, este libro me parece un recurso de excepcional valor educativo, cultural y misionero para proponerlo a todos, porque verdaderamente nos conviene.

**Elisei.** Llamo a Davide Proserpi para concluir. Gracias por vuestra atención.

**Proserpi.** Me gustaría concluir este encuentro continuando con algo que acaba de decir Javier Prades. Lo que ha pasado esta noche no es solo (sin duda lo es, pero no solo) la presentación de un libro, sino la propuesta del inicio de un trabajo que los de Comunión y Liberación solemos llamar «Escuela de comunidad». La Escuela de comunidad es un gesto semanal o quincenal, normalmente guiado por uno de los responsables locales del movimiento, que intenta profundizar en los contenidos que se proponen mediante una comparación intensa entre el texto de don Giussani y la propia experiencia, como hemos escuchado. Tiene una forma dialogada y, como decíamos al principio, está abierto a todos. No hay requisitos previos de pertenencia, credo religioso o competencias culturales: basta con estar abierto a la escucha, al interés y al compromiso con la propia humanidad. De hecho, este gesto nació de la pasión educativa de don Giussani, que –como hemos oído– dedicó toda su vida a la educación, formando a jóvenes y no tan jóvenes en una mirada libre y seria hacia ellos mismos y hacia la realidad.

Permitidme que os lea algunos párrafos tomados de varios textos en los que el propio Giussani plantea el significado y el objetivo de la Escuela de comunidad. «La Escuela de comunidad es ante todo un trabajo. Es un trabajo que construye, es un fenó-

*Es la expresión de una propuesta educativa que forma parte de un itinerario, de un camino que no puede suscitar interés si no te alcanza mediante una realidad concreta que despierta en ti el asombro y te pone en movimiento*





meno humano que, plasmando la realidad creada, la realidad que nos rodea, erige algo orgánico, acogedor, útil, pacífico, humano. [...] Pero me preguntaba ahora: ¿por qué la Escuela de comunidad? ¿Por qué creamos la Escuela de comunidad hace tantos años? La vida tiene un objetivo, y el hecho de que haya tantos problemas que nos urgen todos los días confirma justamente que la vida tiene un objetivo, porque si no hubiera un objetivo no habría problemas. Eso es lo que queríamos al establecer la Escuela de comunidad: que no haya ningún problema que sintamos humanamente en nuestra vida y que no encuentre respuesta, una respuesta adecuada; la respuesta adecuada a un problema son las razones constitutivas de ese problema. Esto llena la vida de curiosidad y de gusto. Lo descubrí en las primeras horas de religión que di; pude darme cuenta de que la fe tiene más razones que las que identifica la inteligencia humana como tal. La fe es más capaz de responder a los problemas humanos que la propia razón, como capacidad. Por eso amamos la fe, porque se ha mostrado ante nuestros ojos con una grandeza más fascinante que la grandeza de nuestro pensamiento humano, y más acogedora de lo que pueda ser un corazón humano generoso» (*In cammino. 1992-1998*, Bur, Milán 2014, pp. 240-241).

¿Por qué, entonces, hacer la Escuela de comunidad sobre el libro que hemos presentado esta noche? *El sentido religioso* es el primero de una trilogía de textos con los que don Giussani completó el curso básico de cristianismo para la gente que se encontraba con él, o con la experiencia de fe que nació del encuentro con él.

Los otros dos textos se titulan *Los orígenes de la pretensión cristiana* y *Por qué la Iglesia*, y abordan respectivamente la experiencia del encuentro con la figura de Cristo, histórica y existencialmente, y cómo este

hecho permanece en la historia a través de la compañía humana de la Iglesia. La trilogía de la que *El sentido religioso* es el primer paso asumió en don Giussani –con un juego de palabras italiano– la definición de *PerCorso*: un curso que ofrece la posibilidad de hacer un camino. En varias ocasiones, el propio Giussani se refirió al valor de hacer la Escuela de comunidad sobre el libro *El sentido religioso*. «Antes de empezar la Escuela de comunidad sobre *El sentido religioso*, os dije que deseaba que al final del trabajo pudiéramos percibir, al menos un poco, que dentro y fuera de nosotros todo depende de algo más grande; no en el sentido de más voluminoso que lo que imaginamos pero siempre en el ámbito de nuestra imaginación, sino en el sentido de que es otra cosa, es “totalmente otro”, como recordó en una ocasión el Papa citando a un gran teólogo protestante. Nuestra razón no llega a ti, no podemos alcanzarte, oh Dios, frente a ti somos nada. Resumo lo primero que hemos dicho: el Dios del que nos ha hablado Jesucristo, que Cristo nos ha revelado porque nadie lo ha visto sino aquel que vino del cielo, es Misterio. Damos un segundo paso. Este Misterio es una realidad que ha entrado en la historia, lo que llamamos Dios es un hecho histórico. Esto es lo que resulta insoportable para la cultura humana de todos los tiempos. Muchos –incluso Voltaire, incluso los hombres más hostiles a la Iglesia y al cristianismo– han llegado hasta la idea, o la intuición, de que la realidad depende de algo distinto. Pero que este Misterio tenga que ver con la historia, que Dios haya entrado dentro de la historia, esto no es fácilmente aceptable porque no es concebible para nuestra razón. Precisamente porque Dios es Misterio y nuestro pensamiento no lo puede concebir, mucho menos podemos concebir cómo puede el Misterio habitar dentro de la miseria del tiempo y del espacio, y convivir con esa miseria que pesa sobre nosotros desde el amanecer

incierto al anochecer cansado, que nos induce a pasar por encima de la mayoría de los hechos distraída y banalmente, o a empeñarnos en actitudes normalmente mezquinas. Dios entra en estas cosas, el Misterio ha entrado en la historia, es un Dios histórico» (*La verdad nace de la carne*, Encuentro, Madrid 2020, p. 164).

En otro momento dice: «El hombre moderno ha dado lugar a una esclavitud, tanto mental como del corazón, que no tiene punto de comparación en la historia; una esclavitud tanto más terrible cuanto más el hombre pretende hacerse a sí mismo, cuanto más olvida su dependencia original y radical. “Con amor eterno te amé, te saqué de la nada, te atraje a mí teniendo piedad de tu nada”. Lo cual se corresponde con lo que Cristo dijo antes de ir a la muerte: “Sin mí no podéis hacer nada”. Es preciso que tengamos esa conciencia y sentimiento. Ambos nacen del dato más evidente que tenemos: podríamos no existir; no existimos porque tengamos derecho a ello, porque tuvimos la fuerza o la capacidad para darnos la vida. Por consiguiente, debe prevalecer el sentimiento de que somos criaturas, de que fuimos elegidos para existir, llamados a vivir. No hay ninguna razón para que yo exista y otros no, para que yo esté aquí e innumerables otros no. La Biblia surge, comienza y se desarrolla a partir de este sentimiento profundo, de esta verdad última y primordial que impregna los poros de nuestra piel y los pelos de nuestra cabeza, “porque hasta vuestros cabellos están contados” y, aunque lo quieras, no podrías añadir ni un solo milímetro a tu estatura. La Biblia parte de la conciencia y del sentimiento primordial, profundo y último de esta dependencia total» (*ibídem*, pp. 89-90). Aquí reside el contenido fundamental de la Escuela de comunidad sobre *El sentido religioso*.

Hoy vemos que los ritmos de la vida, con la su-

*Es una oportunidad para volver a poner en el centro de nuestro interés nuestro verdadero yo y la posibilidad de recuperar continuamente una relación con la realidad verdaderamente libre*

cesión frenética de nuestras jornadas, nos llevan muchas veces a actuar de manera reactiva, en una carrera de resultados que respondan puntualmente a estímulos externos a nuestra persona. Pero justo por eso sentimos cada vez más la necesidad de tener momentos para nosotros, parar y mirar apasionadamente la consistencia de nuestro «yo» –como hemos oído esta noche–, sin la cual este frenesí nos llevaría a una progresiva falta de sentido del vivir. Creo que empezar un trabajo como este es una oportunidad para volver a poner en el centro de nuestro interés nuestro verdadero yo y la posibilidad de recuperar continuamente una relación con la realidad verdaderamente libre: trabajo, familia, hijos, amores, pasiones, enfermedad y soledad, alegría y dolor. Todo puede tener un significado para quien no se resigna a vivir renunciando a buscar el sentido de la propia existencia.

Concluyo con una breve cita de don Giussani: «Lo que deseo, por tanto, es que podáis experimentar que cualquier problema se puede abordar con razones que pre-sienten o indican la solución, y que todas esas indicaciones la fe las corrige y concluye. Es como cuando nos levantamos al amanecer, que aún es crepuscular y todavía no se ve nada claro, excepto las últimas estrellas; se perciben las siluetas de las cosas, de las casas, de los árboles y las colinas. En un momento dado, sucede un fenómeno que casi parece normal siendo extraño, que no deriva del crepúsculo, de hecho después se entiende que el crepúsculo deriva de él: es el fenómeno del sol que surge. Entonces las casas, los árboles y colinas se definen según su verdadera forma y todo se compone con una tranquilidad dentro de la cual el hombre está seguro, empieza a actuar seguro. Os deseo que la Escuela de comunidad sea para vosotros como ese sol que surge de la confusión crepuscular de las intuiciones naturales, de la inteligencia natural» (L. Giussani, *In cammino. 1992-1998*, op. cit., p. 241).

Por eso, os invitamos a todos a hacer juntos este trabajo, sin la pretensión de cambiar el mundo, sino con la esperanza de empezar a cambiar nosotros mismos. Operativamente, podéis pedir información sobre lugares y horarios de las diversas Escuelas de comunidad a las personas que os han invitado esta noche, o bien escribiendo a la secretaria de CL por correo electrónico: [info@clonline.org](mailto:info@clonline.org)

Gracias de nuevo a todos, especialmente a Prades e Irene Elisei. Buenas noches.



© 2023 Fraternità di Comunione e Liberazione.

Foto de portada: © Shutterstock

Fotos de interior: © Pino Franchino/Fraternità CL